



**Catequesis pronunciada por el Emmo. Sr. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana, en la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud.**

**Río de Janeiro, Brasil,
24 de julio de 2013.**

Primera catequesis:

“Sed de esperanza, sed de Dios”

Queridos jóvenes: ¡Qué oportunidad maravillosa ésta de la Jornada de la Juventud en Río de Janeiro, con la presencia del Papa Francisco! Esta semana debe ser un tiempo de gracia para ustedes, no sólo porque tengan la dicha de ver y escuchar al Papa de cerca, sino también por lo que deben significar estos días de reflexión y oración que preparan nuestros corazones para acoger al Santo Padre y su mensaje, y que constituyen, además, una ocasión especial para dejar en sus corazones un proyecto de futuro, un afianzamiento en la fe y una mirada confiada de esperanza.

Esa esperanza que parece haber abandonado nuestro mundo y, lo que es más grave, no el mundo de los adultos y los ancianos, sino el mundo juvenil.

En su mensaje para esta Jornada, el Papa Francisco se dirige a ustedes, llamándolos los primeros evangelizadores entre los jóvenes y diciéndoles que en su misión de evangelización la Iglesia cuenta con ustedes. Y agregaba el Papa Benedicto: “Queridos jóvenes, esta invitación es de gran actualidad. Estamos atravesando un período histórico muy particular. El progreso técnico nos ha ofrecido posibilidades inauditas de interacción entre los hombres y la población, mas la globalización de estas relaciones, sólo será positiva y hará crecer el mundo en humanidad si se basa no en el materialismo sino en el amor, que es la única realidad capaz de colmar el corazón de cada uno y de unir a las personas. Dios es amor. El hombre que se olvida de Dios se queda sin esperanza y es incapaz de amar a sus semejantes. Por ello, es urgente testimoniar la presencia de Dios, para que cada uno la pueda experimentar. La salvación de la humanidad y la salvación de cada uno de nosotros están en juego”

La pasión de ustedes por los nuevos medios de comunicación traduce su deseo de comunicar y confrontarse con los demás, de ampliar los propios horizontes, pero al mismo tiempo, sin embargo, muchos jóvenes sufren de soledad.

Los jóvenes están en búsqueda de altos ideales, de modelos positivos, del sentido de la plenitud de la existencia. Desean encontrar su lugar en la sociedad y construir su futuro.

Las dificultades que encuentran en la vida cotidiana (separaciones familiares, problemas afectivos, precariedad y paro, incertidumbre por el futuro, etc.), llevan a muchos jóvenes a desanimarse, llegando a veces a refugiarse en compensaciones afectivas y dependencias de varios tipos (alcohol, droga, ludopatía, Cyberdependencia, sexo, pornografía...).

Para poder anunciar el Evangelio no podemos vivir vacíos, ni llenos de falsedades que no colman. Es necesario superar la crisis de la cultura actual.

La crisis de nuestra cultura se funda en la ausencia de Dios y tenemos que confesar que también la crisis de la Iglesia es en buena parte la consecuencia de una difundida marginación del tema de Dios. Sólo podremos ser mensajeros creíbles de Dios viviente, si este fuego se enciende en nosotros mismos. Sólo si Cristo vive en nosotros, el Evangelio anunciado por nosotros muestra la presencia de Cristo hoy y toca los corazones de nuestros contemporáneos.

Al comenzar la Edad Moderna alguien dijo que deberíamos vivir como si Dios no existiera. Esto ha ocurrido, y a la vista tenemos las consecuencias: un mundo con un gran vacío espiritual. Nuestra regla debe ser exactamente la contraria; vivir en todo instante dando como por supuesto que El existe, y conforme a lo que El es, porque por fuerza es lo que es. Este vivir significa dar oído a su Palabra y a su Voluntad, sabiéndonos mirados por sus ojos. De este modo, sentiremos que pesa más nuestra responsabilidad; pero, en compensación, se hará más fácil y más humana nuestra vida.

La mayor parte de los hombres de hoy admite de algún modo que existe algo así como “un ser superior”. Pero les parece absurdo que ese ser se ocupe de los hombres. Nos parece - también al que intenta creer - que esto es una especie de antropomorfismo, una forma primitiva del pensar humano, que se puede explicar en una situación en la que el hombre vive aún en su pequeño mundo, en que cree que la tierra es el centro de todo, en que Dios no tiene otra cosa que hacer que mirar hacia abajo. Pero en unos tiempos radicalmente distintos, en los que la tierra es insignificante en el conjunto del universo, en los que el hombre, un diminuto grano de arena, es un punto mínimo frente a unas inmensas dimensiones cósmicas, nos parece absurda la idea de que ese ser superior se ocupe de los hombres, de su ridículo y mísero mundo, de sus preocupaciones, de sus pecados y de sus no-pecados.

Nos lo imaginamos con una conciencia como la nuestra, con sus límites, con una conciencia que alguna vez tiene que detenerse y a la que le es imposible abarcarlo todo.

Escuchemos cómo describe el Papa Benedicto la situación existencial del creyente hoy: “Clavado en la Cruz, pero la Cruz en el aire, sobre el abismo. Es imposible describir con más exactitud la situación del creyente hoy. Lo único que lo sujeta es un madero desnudo que pende sobre un abismo, y parece que está a punto de hundirse para siempre. Sólo un madero le amarra a Dios, pero, a decir verdad, le amarra inexorablemente y él sabe que, al fin y al cabo, el madero es más fuerte que la nada, que está a sus pies, pero sigue siendo el verdadero poder que amenaza su existencia actual”.

¿Qué período de la historia de la humanidad ha sentido más miedo por su futuro que el nuestro?

Tenemos miedo de que el bien se torne impotente en el mundo, de que paulatinamente deje de tener sentido perseguirlo con verdad, limpieza, justicia y amor. Nos inquieta que en el mundo se abra nuevamente paso la ley del más fuerte, que la marcha del mundo dé razón a los desenfrenados y a los brutales, no a los santos. Vemos que a nuestro alrededor domina el dinero, la bomba atómica, el temor al cambio climático, el cinismo de aquellos para quienes no hay nada sagrado. Con cuánta frecuencia nos asalta el temor de que, a la postre carezca por completo de sentido la marcha confusa del mundo, de que, en última instancia, la historia universal distinga únicamente entre los tontos y los fuertes.

Existe una angustia –la angustia auténtica, que radica en lo más íntimo de nuestra sociedad– que no puede ser superada por el entendimiento, sino exclusivamente por la presencia de un amante. Solamente en un encuentro positivo con la realidad de Dios, que ha creado el mundo y me ha creado a mí, puede nacer la fe.

La fe no es la elección de un programa que me satisface o la adhesión a un club de amigos por los que me siento comprendido; la fe es conversión que me transforma a mí y a mis gustos, o al menos hace que mis gustos y deseos pasen a segunda línea. La fe alcanza una profundidad completamente diversa de la elección que me liga a un partido. Su capacidad de cambio llega a tal punto que la Iglesia la llama un nuevo nacimiento.

El cristianismo, la fe cristiana – dice Romano Guardini-, no es producto de nuestras experiencias internas, sino un acontecimiento que llega hasta nosotros desde fuera. La fe se basa en que algo (o alguien) sale al encuentro, algo a lo que no llega por sí misma nuestra capacidad de experiencia. Y nos abrimos a ese alguien que viene a nosotros y le decimos: Padre.

Con esta palabra expreso que existe alguien que me escucha, que no me deja solo y que está siempre presente. A pesar de la infinita distancia que me separa de Él, yo puedo dirigirme a Dios, ser un tú para El. Su grandeza no es sofocante, no me reduce a algo inesencial e insignificante. Estoy, ciertamente, bajo su tutela, como un hijo está bajo su padre. Mas, al propio tiempo, existe una igualdad y semejanza fundamental entre El y yo: soy tan importante para Él, le pertenezco tan íntimamente, que sólo lo nombro de manera adecuada cuando le digo “Padre”.

Para este encuentro no me favorece el mundo en crisis en que estamos viviendo. En este mundo, los mensajes que se transmiten a través de los medios, son a menudo pesimistas y negativos, mientras que los jóvenes sueñan con una vida hermosa y constructiva y para esto esperan apoyo de los adultos, de la sociedad civil y de la Iglesia, a la que aparentemente están preguntando: ¿Qué instrumentos tenemos para enfrentar la vida? ¿Cómo podemos ser felices? Estas grandes expectativas son expresión de la búsqueda fundamental del hombre de hoy. De hecho, en un mundo a menudo muy secularizado, no son pocos los que manifiestan una nueva apertura espiritual, un sentido de Dios y del Absoluto y nos parece a veces un milagro el hecho de que nos dejemos orientar hacia cosas superiores. Gracias a Dios, aún hoy se da ese milagro.

Nos refiere el Papa Benedicto XVI que un obispo amigo suyo le había contado que con ocasión de un viaje a Rusia se le dijo que en este país hay un 25% de creyentes y un 13% de ateos; el resto, es decir la mayor parte, serían “buscadores”. “Resulta impresionante, dice Benedicto, setenta años después de la revolución que ha definido la religión como superflua y engañosa, existe un 62% de gente preocupada, que experimenta interiormente la existencia de algo superior, aunque no lo conozca todavía”.

El año de la Fe es un tiempo de gracia para que demos esos pasos definitivos hacia una fe sin reservas que nos abre a la esperanza. Esto lleva consigo no sólo una firme adhesión a Cristo, sino un cambio que haga de mí esa “criatura nueva” de que habla San Pablo, vivir nuestro bautismo que es “nacer de nuevo” como dijo Jesús a Nicodemo, reconciliándome con mi historia, con mi vida, con los demás, deshaciendo las cadenas del rencor y de la queja por el perdón liberador, abandonando viejos criterios y estrenando una visión renovada del mundo, donde el gozo supera las contrariedades.

Para superar la simple religiosidad o la fe simplona, no comprometida ni con mi comportamiento personal ni con mi Iglesia, tenemos que ponernos frente a Dios en serio,

porque la fe implica siempre un riesgo que hay que correr para que haya esperanza en nosotros.

Veamos dos textos bíblicos: uno del Antiguo Testamento, del libro del Éxodo, y otro del Nuevo, del Evangelio según San Juan. En ambos una opción de fe conlleva riesgos, pero abre a la esperanza.

En el libro del Éxodo (16, 2-4) leemos:

“En aquellos días la comunidad de los israelitas comenzó a murmurar contra Moisés y Aarón en el desierto, diciendo:

-¡Ojalá el Señor nos hubiera hecho morir en Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne y nos hartábamos de pan! Pero ustedes nos han traído a este desierto para hacer morir de hambre a toda esta muchedumbre”. (Esta gente miraba hacia atrás, estaba cerrada a la esperanza).

El evangelio según San Juan (6, 33-35), por su parte, refiere estas palabras de Jesús:

“Es mi Padre quien les da el verdadero pan del cielo. El pan de Dios viene del cielo y da la vida al mundo.

Entonces le dijeron:

-Señor, danos siempre de ese pan.

Jesús les contestó:

-Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no volverá a tener hambre; el que cree en mí nunca tendrá sed; el que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él”.

Comenzaron entonces los judíos murmurar diciendo ¿cómo puede éste darnos a comer su carne? Muchos lo abandonaron, quedaron sólo los discípulos. Eran materialistas, entendían que se trataba de la carne material. Las palabras de Jesús que Jesús hablaba eran espíritu y vida y no las captaban.

Es menester ponerse en el lugar de los interlocutores de Moisés y de Aarón y de Jesús y comprender sus dificultades, unas dificultades reales. Los israelitas en el desierto estaban cargados de razones para murmurar: ¿Qué vida es ésta que nos hacen llevar en el desierto? ¿Valía la pena? ¿No estábamos mejor cuando estábamos allá?”

¿Quién podría decir que estaban equivocados? Se trata de una vida de miseria y sin perspectivas allí en el desierto, de una vida que se desarrolla en una inseguridad total, una vida sin esperanza. Una vida en la que se juegan la supervivencia. Ellos eran realistas.

También los interlocutores de Jesús tenían más de un motivo para mostrarse perplejos, dado que un hombre, aunque fuera prestigioso, se autoproclama “el pan de la vida”. ¿No es un poco demasiado? ¿No está exagerando para llegar a considerarse el “pan bajado del cielo”? ¿No es éste el hijo de José el carpintero? ¿Cómo nos va a decir ahora que bajó del cielo? Es preciso reconocer que los que murmuraban o se mostraban perplejos tenían sus buenas razones para hacerlo. Eran realistas.

Y debo reconocer que también yo, si me hubiera encontrado en las mismas circunstancias, habría tenido quizás las mismas reacciones, precisamente porque pienso normalmente que es necesario ser concretos, mantenerse con los pies en la tierra, no dejarse fascinar ni arrastrar por fáciles entusiasmos que, después, se revelan ilusorios. Y conmigo, también la gente de hoy, quizás la gran mayoría, habría tenido las mismas reacciones aparentemente

razonables, sensatas, casi obvias. Y tanto más por el hecho de que nuestra sociedad nos ha educado para prever, calcular, usar la razón.

Sin embargo, Moisés había hecho una opción de fe: Dios le había hablado: “ve y dile al faraón que deje partir a mi pueblo”. Era una locura, pero Moisés cometió esa locura y, después de grandes sufrimientos, el pueblo liberado llegó a la tierra prometida. Aceptar lo que decía Jesús era casi como una locura y la multitud se fue y lo dejó. Sólo quedaron los apóstoles y Jesús les preguntó: “¿Ustedes no se van también? Pedro respondió a nombre de los doce: “¿Adónde iríamos, Señor?, tú tienes palabras de vida eterna y nosotros hemos creído en ti”. Los apóstoles habían hecho una opción de fe, confiaron en Jesús, se abrieron a la esperanza.

¿Será que en el mundo hay personas realistas pero hay otras demasiado optimistas?

El optimismo y la esperanza son dos actitudes radicalmente diferentes. El optimismo significa esperar siempre confiado que las cosas – el tiempo, las relaciones humanas, la economía, la situación política y otras cosas como éstas – mejoren. La esperanza es la verdadera confianza en que Dios cumplirá las promesas que nos ha hecho de conducirnos a la verdadera libertad. El optimista habla de cambios concretos en el futuro. La persona de esperanza vive en el momento presente sabiendo que en la vida todo está en buenas manos, en las manos de Dios.

No se trata de optimismo, sino de esperanza cuando nos abandonamos al riesgo de la fe, a la locura de la fe. Y no resisto la tentación de proponerles a su reflexión un párrafo del discurso del Papa Benedicto XVI a los jóvenes del Líbano; me parece que se aplica perfectamente a todos los jóvenes del mundo:

“Conozco las dificultades que tienen en la vida cotidiana, debido a la falta de estabilidad y seguridad, al problema de encontrar trabajo o incluso al sentimiento de soledad y marginación. En un mundo en continuo movimiento, se enfrentan ustedes a muchos y graves desafíos. Pero ni siquiera el desempleo y la precariedad deben incitarlos a probar la “miel amarga” de la emigración, con el desarraigo y la separación en pos de un futuro incierto. Se trata de que ustedes sean los artífices del futuro de vuestro país, y cumplan con su papel en la sociedad y en la Iglesia”... “No tengan miedo. Abran las puertas de su espíritu y su corazón a Cristo”. El encuentro con él “da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”. El Papa Benedicto les hizo un llamado a la esperanza.

Cristo es la respuesta de Dios a estas preguntas fundamentales.

“Nuestra alegría... nace... de haber encontrado a una persona, Jesús; que está entre nosotros, nace del saber que, con él, nunca estamos solos, incluso en los momentos difíciles, aún cuando el camino de la vida tropieza con problemas y obstáculos que parecen insuperables, y ¡hay tantos!¹.

“Y, por favor, no se dejen robar la esperanza, no dejen robar la esperanza. Esa que nos da Cristo”²

“La célebre estatua del Cristo Redentor, que domina esta hermosa ciudad de Río debe convertirse en un símbolo elocuente en esta Jornada de la Juventud. Sus brazos abiertos son el signo de la acogida que el Señor regala a cuantos acuden a él, y su corazón representa el inmenso amor que tiene por cada uno de ustedes. ¡Déjense atraer por él!

¹ Homilía pronunciada por Su Santidad el Papa Francisco el Domingo de Ramos, 24 de marzo de 2013.

² Homilía pronunciada por Su Santidad el Papa Francisco el Domingo de Ramos, 24 de marzo de 2013.

¡Vivan esta experiencia del encuentro con Cristo, junto a tantos otros jóvenes que se reúnen en Río para este encuentro mundial! Déjense amar por él y serán los testigos que el mundo tanto necesita”³.

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2013©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original

³ *Mensaje de Su Santidad el Papa Benedicto XVI para la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud, 18 de octubre de 2012.*